

CREAR CREA SENTIDO DE VIDA*

ESCOBAR HERNÁNDEZ, BOGAR 

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA, MÉXICO

CORREO ELECTRÓNICO: bescobar71@yahoo.com.mx

RESUMEN

En este trabajo se efectúa un estudio sobre los aspectos singulares involucrados en la conformación de un significado para la existencia en el caso del ser humano cuya vocación profesional es la creación. Un caso que pone de realce un comportamiento extraordinario respecto de las prácticas socialmente más comunes, en las cuales el sujeto tiene como principal interés la adquisición de recursos económicos, un objetivo logrado, entre otras cosas, a costa de ver reducido su margen de libertad y de renunciar a su posibilidad de desenvolverse como un ser original capaz de producir obras igualmente originales.

PALABRAS CLAVE: creación, libertad, dignidad, legado.

TO CREATE CREATE A SENSE OF LIFE

ABSTRACT

In this work, a study is carried out on the unique aspects involved in the formation of a meaning for existence in the case of the human being whose professional vocation is creation. A case that highlights extraordinary behavior with respect to the most socially common practices, in which the subject's main interest is the acquisition of economic resources, an objective achieved, among other things, at the cost of seeing his margin of freedom and to renounce his possibility of developing as an original being capable of producing equally original works.

KEY WORDS: creation, freedom, dignity, legacy.

*Fecha de recepción: 30-08-2023. Fecha de aceptación: 16-01-2024.

*No puedes esperar que otras personas vayan a dar sentido a tu vida.
No puedes esperar a que otro defina tu vida. El sentido se hace forjándolo
con las manos. Exige sudor y compromiso. La cuestión es trabajar pensando
en la creación de sentido. Es la acción lo que fragua el sentido [...] de una
vida (Bogart, 2007, p. 14).*

1. PARA ENTRAR EN MATERIA

Es un hecho transparente e inobjetable que, cuando se puede ejercer el libre albedrío, cada ser humano resuelve sus necesidades de un modo particular. Ello es así tanto en las necesidades más triviales como en las más significativas, de ahí que no haya dos personas que se comporten igual frente a una misma necesidad. Ya que la misma se intentará resolver según se considere más conveniente, o como sea posible hacerlo. Un rasgo de individualidad acentuada aún más cuando se trata de una necesidad tan apremiante como lo es la definición y consecución de un sentido de vida, puesto que cuando se carece del mismo, “no se puede ir sino a la deriva [...] porque lo propio del hombre es saberse orientado a algo, a algo que lo trascienda” (Sáenz, 1999, pp. 182, 183), lo cual, se procura satisfacer con base en lo que cada sujeto considera más valioso, trátase del recurso económico, el ejercicio de poder, la acumulación de conocimiento, el reconocimiento social, o cualquier otro elemento en torno al cual se cimienta un por qué para el ser y estar en el mundo.

Ahora bien, dentro de dicho universo de posibilidades sobresale un caso sumamente singular, el del sujeto cuyo sentido de existencia se sustenta en su facultad creativa, ese atributo que –de acuerdo con la convicción del creyente–, permite que el hombre-creatura se asemeje en la mayor medida posible a su Dios-creador. Al ser el primero, capaz de concebir y materializar obras impelido por la pulsión de crear “aquello que no hay pero que quiere ser, quiere estar” (Zátonyi, 2007, p. 17), en imitación del segundo, quien trae a la vida lo que antes no era. En donde dicha creatividad tiene un notorio tono de sobre normalidad, entendida

la misma como aquella situación ubicada por encima de lo que ordinariamente prevalece entre la mayor parte de la población. Y es que la persona avocada a lo creativo se ubica en una condición distintiva motivada por el seguimiento de sus propios intereses y voliciones, sea que lo haga a modo de actividad profesional (como es el caso, entre otros, de los artistas y los artesanos) o por mero impulso lúdico, impelido en ello por el hecho de no resignarse a consumir lo generado por la alteridad, trátase de ideas o realizaciones materiales.

Eso establece un desmarcamiento respecto a la normalidad social tendiente a la homogenización de la conducta, siendo en dicho desmarcamiento que se produce la posibilidad de basamentar una orientación vital, un motivo para seguir respirando, pensando, actuando y siendo, puesto que el poder actuar de manera independiente y original es tan relevante para la naturaleza humana que eso es suficiente para eliminar la angustia del sin sentido existencial, puesto que mediante la creación el sujeto experimenta su capacidad para sustituir la nada por el algo, y un “algo nuevo como culminación de un proceso que se alimenta de varias vertientes, objetivas y subjetivas, conscientes e inconscientes, materiales y espirituales, que comprometen al ser en su integridad” (Boero, 2009, p. 9).

Todo lo anterior, se cimienta a partir de un hacer que produce un sentimiento de justificación del yo en la medida que permite superar el riesgo de vivir de forma superficial e irrelevante. Si bien, esa condición justificatoria requiere que el individuo tenga el valor y la autoestima necesarios para acometer la empresa creacional, en la cual, subyace un componente de desmarcamiento de la actitud pasiva mediante la que se asume lo ya existente producido por la iniciativa creativa de otros espíritus, una actitud acomodaticia y auto complaciente adoptada por la mayor parte de la población humana. Eso, convierte a quienes aspiran a adquirir una significación vital por medio del acto creativo, un caso ubicado en la antípoda del comportamiento

humano generalizado, dada su capacidad de construir con originalidad y autenticidad su propia expresión de sentido.

En donde, ese grupo poblacional caracterizado por su particularidad, transmite mediante sus creaciones “algo de la levadura de la que nacieron” (Mujica, 2017, p. 14), una levadura que no es otra cosa que sus anhelos más enriquecedores y relevantes, con los cuales se otorga a la alteridad lo más íntimo del capital intelectual y espiritual de su creador. Al haber sido capaz de irradiarse a sí mismo y suscitar múltiples vasos comunicantes entre su yo creacional y los receptores de sus obras, aquellos que valoran y aprovechan lo producido por su inventiva, por su genio creador que lo apremia a enfrentar la nada a fin de vencerla mediante el surgimiento de lo producido. A fin de manifestar el ser a tal grado que se pueda tener un sentimiento de realización, una experiencia de plenitud humana, así como una certeza sobre la capacidad y utilidad personal, precisamente los pilares sobre los que se edifica un sentido de vida. Eso lo sabe bien, por ejemplo, el artista, quien mediante su trabajo crea su vida, amplía su conciencia, conforma sus actitudes, y da respuesta a su búsqueda de significado (Eisner, 2004, p.19).

Pero también lo sabe cualquier hombre que eventualmente haya tenido un encuentro con la intensidad del momento creacional, imbuido de sensación de poder y materialización, tal como en un arrobamiento temporal en donde el yo se diluye en lo creado. En donde dicha posibilidad compartida obedece a que la facultad creativa se encuentra anidada, en mayor o menor medida, en cada integrante de la especie *Sapiens Sapiens*, de ahí que la capacidad creacional esté fundamentalmente determinada por la conciencia de la misma y la voluntad de traducirla en obras.

He ahí lo más complejo del asunto, puesto que la conciencia es un territorio ignoto que no suele ser suficientemente explorado, al grado de ser definible como “un monólogo cuyas múltiples fuerzas creativas [...] apenas han sido analizadas” (Steiner, 2010, p. 93). Lo cual nos convierte en un misterio aún para nosotros

mismos. De ahí que sea probable que el hombre volcado hacia la creación como vía de significación para su vida, tenga, entre otras motivaciones posibles, un interés consciente o inconsciente por descifrar el misterio que le representa su propio yo, ese yo que necesita conocer y orientar hacia un fin significativo. Por lo que, en esa correlación de eventos, aquel que crea es, en cierto modo, un buscador de su reflejo en aquello que plasma, en esas creaciones que han fluido desde lo más recóndito de su fuero para volverse concretas, observables y aleccionadoras.

Y, una vez informadas estas ideas introductorias necesarias para delinear los grandes trazos del tema de interés, se considerarán enseguida los aspectos específicos de mayor relevancia que lo conforman, a fin de redondear el análisis e interpretación del mismo.

2. LA LIBERTAD COMO FORMA DE VIDA

Si existe una característica indisociable de la actividad creadora esta es la manumisión que debe tener su autor respecto de cualquier situación que lo limite para desarrollar plenamente su potencial. Únicamente de ese modo puede producirse el contexto necesario para que las energías personales se cristalicen en obras. Por ello, el creador ha de tener una vida en libertad que le permita tener el tiempo necesario para dejar fluir su mente y espíritu en aras de una concepción finalmente materializada en algo perceptible y asimilable por medio de alguno o de todos los sentidos.

Por tanto, es fehaciente que, ninguno de los grandes creadores existentes en el decurso de la historia humana, hubieran podido elaborar sus producciones de no haber contado con esa condición de libertad, puesto que de no haberla tenido sus posibilidades creativas habrían experimentado un sensible menoscabo, considerando que es en la situación de ilimitación en la cual pueden explorarse todas las posibilidades de creación.

Eso ubica al creador¹, sobre todo al que alcanza la excelsitud en su labor, como alguien distinto al resto de los hombres, y a su obra, como una cosa refulgente y fuera de lo común, que se encuentra al alcance de los seres humanos como medio de comunicación de sentimientos y emociones, con tal que se tenga la disposición para percibirlos (Valdés, 1993, p. 16). Sentimientos y emociones asociados por lo más auténtico y demandante de su yo, manifestándose con ello el creador como un comunicador; como una caja de resonancia; como una donación de sí mismo para la alteridad. Pero todo sucede en libertad. En la libertad inherente a toda acción digna de ser considerada como humana. De ahí que cuando no se tiene dicha libertad impera en la conducta la limitación, la mediocridad y la negación de la propia naturaleza. Porque el ser humano es esencialmente libre, en especial, el avocado a lo creacional, al reclamar como ningún otro de sus congéneres su carta de naturalización en el territorio de la existencia regida solamente por el libre albedrío.

Al punto que puede –y debe– mencionarse la presencia de una correlación espontánea y directa entre la condición de libertad y la obra creada, misma que se encuentra impregnada de emergencia transformadora, por ser definible el acto creacional como un cambio de estado, en donde la inexistencia cede paso a la existencia. Un evento que no deja de entrañar un halo de misterio, uno en donde se produce una obra que no es sino la externalización del ser libre de su autor a manera de apéndice de ese rasgo esencial que lo identifica. Pero se trata de una externalización revestida de una facultad extraordinaria, la de alterar lo ya dado, lo previamente existente, dado que puede contribuir al cambio de lo socialmente generalizado. Por consiguiente, “los obstáculos contra la creación tienen por función [...] el mantenimiento del orden reinante [...] contra ellos, la creación se afirma como reivindicación de libertad, como el arranque de un proceso de liberación” (Revault, 1977, p. 256). Un acto reivindicativo en donde el creador se reafirma como alguien con derecho a tener

sus propios sistemas de pensamiento, a fin de orientar mediante ellos su comportamiento. Una iniciativa que le permite concebir y proponer realidades alternativas más acordes con su visión personal de lo bello y valioso, de lo interesante y digno de transmitirse, de lo trascendente e inmutable.

Los elementos consignados, hacen de cada creación, en mayor o menor medida, “un mundo completo, con sus dimensiones espaciales, temporales, y también con sus dimensiones espirituales [en donde fluye]² el universo de los pensamientos que despierta y mantiene deslumbrantes ante las mentes” (Souriau, 1986, p. 42). Cosmos que para existir requiere una esfera de libertad ajena a las reglas coercitivas y limitantes que prevalecen en la mayoría de las áreas de actividad humana. Un requerimiento de manumisión que no constituye una banalidad caprichosa si se considera que sin libertad creacional el yo se diluye en un piélago de condicionamientos que terminan por hacer del acto humano un hecho en serie tendiente a la reproducción incesante, una multiplicación que, paradójicamente, resulta infecunda en términos de aquello que realmente nutre y sustenta el ser, permitiéndole desarrollarse y comunicarse de manera óptima. De modo que, quien se somete a esa inercia de repetición, se auto condena a un subdesarrollo intelectual y espiritual, y lo que es más lamentable, a una forma de no existencia, al menos, si por existencia se entiende a la manifestación más completa y profunda del yo, del yo verdadero cimentado en un espíritu de libertad, en donde todo es un proceso de espontánea e intensa circulación de ideas, sentimientos y emociones.

Ciertamente, un orden situacional no exento de un cariz lúdico, en la medida que en el mismo se intenta concretar un determinado despliegue del yo, cuyo origen proviene de la libertad proporcionada por el juego (Duvignaud, 1982, p. 11), específicamente, de ese juego susceptible de encauzar lo creativo, tan propio y natural de todo integrante de la especie antrópica. Aunque el actuar mecanizado y seriado tienda a hacer pensar lo contrario, dada la prevalencia de lo normalizado-acotado, que

ubica a los hombres creadores en una condición de marginalidad no demasiada lejana a la estigmatización. Ello, en confirmación de la escasa y deficiente comprensión y receptividad que tradicionalmente ha caracterizado a la organización social respecto de quienes desbordan los linderos de la acción ordinaria, a esos representantes de la sobre normalidad que libera al yo del enclaustramiento enajenante impuesto por quienes no han sido capaces de ser ellos mismos. No es fortuito que sea entre los disidentes de la normalidad en donde sea más frecuente el surgimiento del hombre clasificable como genio, ese en quien resplandece “la idea de fecundidad que alude al carácter creativo y generador” (Monreal, 2000, p. 45). Un atributo de feracidad con una connotación envuelta en cierto grado de misterio en la medida que, de manera paralela, convierte al hombre en creatura y creador (Rodríguez, 1995, p. 36).

En donde, en el despliegue de esa segunda faceta del ser antrópico, las obras creadas por él son un testimonio de la eficacia de la libertad como detonante de su capacidad de desdoblarse en las proyecciones de su yo, que como tales pueden considerarse a cada una de sus aportaciones creativas. En las cuales, se pone de manifiesto la infinitud de la pluralidad humana, puesto que “los seres humanos no son solamente individuos que pertenecen a la misma especie; forman parte de colectividades específicas y diversas” (Todorov, 1991, pp. 21, 432). Por tanto, en ilación de eventos, la libertad individual se traduce en una creación igualmente concreta y distinta de aquellas producidas por otras libertades, o lo que es equivalente, por otras personalidades definidas cada una por sus propios temperamentos y mundos de vida. Todo lo cual, en última instancia, no es sino una manifestación del uso del libre albedrío que le permite al yo generar su propia percepción e interpretación de la realidad. Así como ser libre para pensar y actuar, a fin de que dicho pensamiento y acción se traduzcan en hechos creativos. Crear símbolos, crear idealizaciones, crear representaciones, crear vínculos. Porque para el humano la creación es una necesidad natural y espontánea

inscrita poderosamente en sus genes, siendo el sistema educativo y la reproducción cultural irreflexiva y acrítica, tendientes a la reproducción de lo concebido y creado por otros, los principales factores que desalientan la creación, y, por ende, el sometimiento del sujeto a una condición de mediocridad y desconocimiento de las capacidades personales.

Por ser exclusivamente en la inercia creacional que se delinea un contexto de autenticidad que le permite al ser desmarcarse del comportamiento mecánico y acrítico, impuesto por un orden de cosas esencialmente opuesto a la postura reflexiva y cuestionante. A partir de lo cual, debe enfatizarse que “el hecho de que la gran mayoría de la población acepte, y sea obligada a aceptar esta sociedad, no la hace menos irracional y menos reprochable [entre otras cosas] por la capitulación del pensamiento” (Marcuse, 1984, p. 15). Puesto que el ser no pensante deviene poco menos que un autómatas del que no puede esperarse una verdadera efusión del ser.

En desenlace, se confirma la condición de libertad como elemento indispensable para que se haga presente el fenómeno del acto creativo, el cual, es objetivamente definible como un fenómeno, por ir más allá del comportamiento normal y esperable, y, respecto del cual, debe existir un distanciamiento para construir una significación vital basada en la creación.

3. UNA NOCIÓN SUI GENERIS SOBRE LO VALIOSO

Cada persona tiene su manera distintiva de definir aquello que considera de mayor valía, y, por tanto, de mayor significación. En derivación, el afán de apropiárselo define la forma en la que se invierten el tiempo y las energías personales. Y, si bien existen muy diversas posibilidades en términos de eso que puede valorarse de forma preeminente, en términos generales, puede consignarse que los seres humanos eligen generalmente el tener como lo más valioso, y como para adquirir algo normalmente

es necesario el recurso monetario, se promueve con ello la acumulación de bienes económicos a manera de razón de vida, lo cual tiene como corolario el delineamiento de personalidades radicalmente individualistas y egocéntricas. Lo interesante es que hay excepciones a esa tendencia. Tal es, precisamente, el caso de los creadores. Sujetos con motivaciones extrañas desde la perspectiva de lo normal, repetitivo y generalizado. Por tratarse de personas para quienes la creación se vuelve una necesidad perentoria en su existencia (Tatarkiewicz, 2015, pp. 299-300). Al grado de constituir su principal interés, su motivación decisiva, su razón para vivir.

Una situación en donde se trasluce la aspiración a encarnar un ideal que representa lo óptimo, sublime e insuperable, y, por tanto, lo más deseable, al menos desde la concepción de lo valioso adoptada por quien vive para materializar su espíritu creador. Un ideal en el cual se proyecta una inusitada originalidad. La originalidad del anhelo fondeado en lo más nuclear y activo del ser, el lugar de residencia de aquello que más puede influir en los congéneres por encontrarse nimbado de transparencia y verdad. Por eso, desde ahí el yo se puede irradiar plena e intensamente hacia la alteridad. En una inercia en la cual el creador se percibe a sí mismo como alguien valioso en la medida que logra concretar aquello que considera valioso, como ocurre en este caso, con el acto de crear obras tangibles procedidas de su imaginación e intuición. A partir de un acto de la voluntad entendida como la “facultad de no elegir nada más que lo que la razón, independientemente de la inclinación, conoce como prácticamente necesario, es decir, bueno” (Kant, 1997, p. 53).

De lo que se sigue que el concepto formulado por sujeto creador respecto de lo valioso es un signo fehaciente de que se trata de alguien regido por la racionalidad y la benevolencia. Del mismo modo, puede referirse que se trata de “un ser que tiene fe, que posee la capacidad de creer, de sentir pasión por la vida y por lo que hace” (Waisburd, 1996, p. 90), en quien su individualidad

se confirma mediante la dedicación preferente de su vida a la creación. Una elección que no resulta en absoluto frecuente y ordinaria en la sociedad contemporánea, dada su marcada tendencia al menor esfuerzo posible, cabalmente observable en la oferta y consumo de todo tipo de productos tecnológicos destinados a disminuir el trabajo físico y mental. Lo que aporta un notable elemento de contraste respecto de la valorización del acto creativo, al ser éste producto de un trabajo personal arduo y tesonero. Consecuentemente, quien tiene la vocación creacional se encuentra inmerso en un universo no demasiado habitado, uno en el que lo relevante no se ubica en lo externo ni en lo predecible sino en lo interior y en lo que aún no se conoce, en eso que misteriosamente palpita en el sustrato más soterrado del yo aún antes de ser materializado por su autor, y que, cuando surge, permite decodificar la realidad de una forma alternativa. No es fortuito que la creatividad sea perfectamente definible como el hallazgo de significaciones novedosas (Menchén, 2001, p. 65). Con las cuales, el hombre creador construye un sistema de razonamiento mediante el que se presenta una versión inteligible del entorno social y/o natural. Una consecución que para él tiene una relevancia capital.

Ello se ubica, palmariamente, en la lógica de su valoración prioritaria del acto creativo, al cual, dedica sus mejores talentos y denuedos, una dinámica impulsada por el hecho de que dicha creación no sólo es algo que se hace sino toda una vivencia alentada por “una fuerza interior” (Agüera, 1997, p. 15). Fuerza que le proporciona la capacidad de tener sus propios criterios. Como se verifica en su adopción de lo creativo como paradigma de lo que es estimable, una actitud de desvinculación del comportamiento común imposible de tener sino se pone en primer lugar lo extraordinario, eso capaz de generar asombro en el intelecto y de nutrir el espíritu, ya que todo acto creativo se ubica en el ámbito de lo que desborda lo ordinario dada su aptitud para mutar la inexistencia en existencia, una existencia

manifiesta en la obra creada. A eso obedece que nadie que no se vea acicateado por un intenso deseo de transformación de la realidad se plantea seriamente llevar a la práctica esa actividad no exenta de una cierta dosis de inconformidad, en la medida que mueve a desear algo más de lo que ya se encuentra disponible en el catálogo de las producciones humanas.

Luego entonces, el hombre que vive por y para la creación, dada la inconformidad que lo impulsa a ampliar lo existente mediante sus concepciones y creaciones, forma parte de un segmento poblacional calificable como único en tanto probabilidades excepcionales de actuar de manera no homogénea respecto del resto de sus congéneres, por su facultad para “pensar en forma diferente a los demás” (Lowenfeld y Brittain, 1980, p. 65). Justamente por eso, es factible asentar que la visualización de la creación como un valor absoluto, es una consecuencia directa de la excepcionalidad de sus autores, quienes, aunque formen parte del conglomerado de ciudadanos de un país, sobresalen por su afán de hacer de la vida algo significativo con base en criterios propios, y no según condicionamientos de orden económico prescritos desde el poder político (Nussbaum, 2012, p. 12).

Incluso, ya en la propia elección y valorización de lo creativo, se apuntala una concepción original de lo significativo. Puesto que, por tratarse de seres originales, establecen sus pautas personales de lo que es merecedor de atención y preferencia. En este caso: la creación. La cual funciona como una cara opuesta de lo repetido, si como tal se entiende aquello ya conocido, puesto que la elaboración creativa orbita en torno a lo desconocido que se intenta conocer. O, si se prefiere, a lo irrepetible, si se considera que cada obra es única dados sus detalles específicos de manufactura no imitables de manera plena, de lo que se deriva que, aunque puedan crearse obras semejantes, ninguna será idéntica a la original. Así, cuando se analiza el tópico con suficiente profundidad, se esclarece que todo se encuentra en una correlación puntual, ya que solamente un individuo excepcional

puede elegir lo excepcional como sentido de vida, al tiempo que esa misma excepcionalidad quedará profunda e inevitablemente plasmada en sus creaciones. El resto optará por lo ordinario y conocido, aunque en su esencia exista el potencial de la creación original, puesto que cada sujeto tiene una capacidad de pensar y sentir radicalmente distintos a los demás (Douglas, 2008, p. 13). Esa voluntad de ser original es el principal mérito de quienes definen por sí mismos lo que consideran valioso, de ahí que sea un factor que conjuntamente con la libertad permite que el ser esté en capacidad de desarrollar su energía creativa, hasta hacer de esa iniciativa la fundamentación de su lapso vital, aunque para lograrlo, se vea precisado a ir contra corriente de lo socialmente considerado valioso, a fin de poder devenir un constructor de lo que es incluido dentro de lo existente como resultado de su obrar creacional, una auténtica proeza del intelecto y del espíritu.

4. CREACIÓN E INMORTALIDAD

La actividad del hombre fundamentalmente orientado a la creación se encuentra espontánea y poderosamente relacionada con la perpetuación en la memoria colectiva de su persona y de sus obras, lo que equivale a decir, de sus pensamientos, sentimientos y emociones, y, sobre todo, de su concepción de lo importante y necesario, definida a partir de su contenido de aprendizaje y evolución humana. En ese punto, dicho creador adquiere el estatus de ser-para-la-memoria, puesto que su identidad queda históricamente asociada a una determinada impronta inserta en el bagaje de prácticas, conocimientos y costumbres que genéricamente denominamos como cultura, en donde “la perpetuación cultural, por medio de la actividad creadora, es el lado inverso del terror ante la muerte” (Malishev, 2002, p. 51). En tal sentido, la creación opera como una respuesta ante la inevitable finitud biológica del hombre, al permitir lo creado por él un cierto tipo de sobrevivencia en la esfera de la remembranza pública o privada, subsistencia que, no por ser relativa, deja de ser

eficaz para evitar la desaparición absoluta de su ser.

Esa no desaparición u olvido del sujeto creador está directamente relacionado con su adquisición de una condición de dignidad ante la alteridad, un atributo socialmente muy valorado y reconocido que se encuentra asociado a la función desarrollada en el espacio público, y con base en el cual se obtiene un valor especial (Becchi, 2021, p. 11). El valor nutrido de la dignificación del yo mediante la creación. Una actividad mediante la que gradualmente el sujeto creador va consolidando un posicionamiento protagónico en el área de su interés profesional, ello, en la medida que se vuelve más capaz de transmitir en sus obras su propio mundo interior, pero, haciéndolo de una manera tal, que refleje también aquello que es común a cualquier otro individuo, es decir, de conectar lo individual con lo colectivo. Por esa capacidad de ubicuidad, se vuelve culturalmente inmortal, porque siempre constituirá un referente del hombre, de cualquier hombre, más allá de sus especificidades culturales, espaciales y temporales.

Y es que, con cada una de sus creaciones, el creador apuntala su bastión contra el olvido, al dejar plasmada en las mismas una parte significativa de sí mismo, ese algo muy suyo no aportable por nadie más. En un estado situacional que tiene como trasfondo su anhelo de proyectarse en sus producciones creativas con la mayor autenticidad y libertad posibles. Lo que denota una postura acentuadamente humanista, fundada en “una actitud de respeto profundo por el ser humano” (Miró, 2003, p. 56), puesto que la originalidad y la emancipación son dos de los rasgos principales de la esencia humana, rasgos fielmente representados por quien vive para crear.

En un marco de ideas concomitante, es pertinente considerar que el hombre creador, al ser alguien respetuoso de su esencia, se ve obligado a oponerse a la masificación social tendiente a la despersonalización del sujeto y a hacer del mismo una entidad anónima, es decir, tan sólo un individuo subsumido

en una multitud sin forma, y, por tanto, carente de originalidad e identidad (Guzmán, 1987, p. 21). Puesto que, en la medida que el individuo se ocupa en la creación, logra salir airoso de la tendencia al no ser –o si se prefiere, a hacer del yo una cosa extraña, masificada y anónima–, y adquiere la posibilidad de llegar a ser; a trascender la finitud biológica; a permanecer como parte de las evocaciones culturales de la especie antrópica transmitidas inter generacionalmente. En tal sentido, el hombre creador o ser-para-la-creación es potencialmente un ser-para-la inmortalidad. Tal suele ser, en no pocos casos, la retribución tardía para quienes en vida no recibieron el merecido reconocimiento a su labor y a sus contribuciones. Un penoso escenario debido a que, por influjo de la ideología capitalista, las organizaciones societales alientan preponderantemente el interés por lo económico, con la consecuente proclividad a aislar e ignorar el trabajo creacional no subordinado exclusivamente a la obtención de una remuneración pecuniaria, sino ante todo, a la manifestación del ser, en particular, de aquello que lo inquieta e obsesiona, y, debido a ello, se intenta descifrar y comprender, tal como si fuera un enigma que se resiste a ser resuelto.

Ciertamente, en esa propuesta de resolución al enigma humano representada en la obra producida, reside la eventual conexión que su autor puede motivar en otras mentes y espíritus con inquietudes y obsesiones similares a las que dieron origen e impulso a su trabajo. Ello, faculta al hombre creador para operar como una caja de resonancia tan imperecedera como valiosa, al devenir su quehacer un patrimonio para la humanidad sin fecha de caducidad, dada su aptitud para servir de arquetipo de la acción en la que queda simbolizada la dignidad, la originalidad y la libertad, pero, sobre todo, la felicidad, considerando que “el hombre es el ente que necesita ser feliz” (Marías, 2013, p. 22).

Y lo requiere de manera de manera apremiante. Ese es el motivo de la abundancia de tantos espejismos de felicidad, los cuales, fallan de origen, en razón de su incapacidad de cimentar

su raíz en lo más profundo del fuero interno del ser humano. En su esencia. Una realidad visionariamente discernida por el sujeto que troca su tiempo finito de vida por una sucesión de actos creativos en los que nuclea su necesidad de felicidad, y por medio de los cuales intenta que otros sean conscientes de esa misma necesidad fundamental. De modo que, en pro de la consecución de esa expectativa, emplea todos sus conocimientos y talentos, algo no exento de un tono de altruismo signado por su disposición para accionar primordialmente motivado por el interés ajeno (Nagel, 2004, p. 89). Así, sea que lo pretenda, o no, con ese tipo de utilización de su tiempo vital finito puede obtener a cambio el tiempo sin fin propio de la inmortalidad; el tiempo de la existencia cultural permanente; el tiempo en donde no se impone la sucesora del olvido: la nada.

Un privilegio reservado para los terrenales capaces de suscitar un eco lo suficientemente intenso como para reverberar impercederamente en los congéneres, en esa otredad con la que se comparte, no sin cierta paradoja, la suficiente mismicidad como para establecer vasos comunicantes robustos y enriquecedores. En una confirmación adicional de la condición del creador como una especie de síntesis de todo lo humano, o, al menos, de todo lo esencialmente humano.

Así como de todo aquello realmente significativo, que, por serlo, justificada y legítimamente debe ser registrado y usufructuado por la humanidad de forma impercedera. Ello, a partir de constituir un testimonio del valor y lucidez puestos en acción para hacer del ser mortal un ser inmortal mediante el acto creativo. Una forma de trascendencia que, si bien en principio se encuentra disponible para cualquier ser humano capaz de asumir “la responsabilidad de su acción” (Ingarden, 2001, p. 33), suele tomar cuerpo sobre todo en los creadores, quienes se apropian el privilegio de ese particular modo de trascender a partir de su particular conciencia del alcance de su servicio al otro, el cual, se sustenta en su relevancia y eficacia como agente trasmisor de

ideas, cuestionamientos e interpretaciones. Función especial y compleja para la que se requiere un modo singular de ser y estar en el mundo. En definitiva, uno merecedor de la no mortalidad.

5. PROPOSICIONES CONCLUSIVAS

El objeto de estudio aquí analizado e interpretado en torno a la dotación de una significación vital a partir de la acción creacional, resulta notablemente indicativo de la posibilidad real que tienen algunos integrantes de la especie antrópica de concebir y manifestar comportamientos atípicos. Una aseveración confirmada por el hecho de que, quienes viven para crear, se caracterizan por su inusual nivel de libertad y su singular visión de lo considerado valioso, dos rasgos de personalidad fundamentales que influyen directamente en su elección de una vocación existencial no determinada por lo económico, lo cual, se refleja sensiblemente en su universo creativo, en lo que son capaces de hacer existir a partir de su inventiva. En donde, del mismo modo, el no tener como motivación nodal el afán lucrativo observable en la mayoría de los sectores poblacionales del mosaico social, resulta un indicador fehaciente de un posicionamiento vital atípico, en tanto privilegia lo humano sobre lo económico.

A partir de esos elementos característicos, las producciones de quienes viven para crear están imbuidas de originalidad, constituyéndose en los referentes por antonomasia de la originalidad emergente de la libertad y la autenticidad, dado que lo libre y auténtico incentiva lo original. Por demandar el líquido de la originalidad el odre de la libertad y la autenticidad.

Un aspecto igualmente relevante del ser que encauza sus energías hacia lo creacional, es que gradualmente acumula una serie de aportaciones mediante sus distintas obras que lo justifican ampliamente frente a la colectividad humana y le confieren dignidad. Ello, además de estructurar su posicionamiento como una existencia con sentido de vida, permite la conformación de

un estatus de ejemplaridad para los congéneres, una ejemplaridad de la que se nutre una inmortalidad en el plano de la cultura. Por tanto, en última instancia, la consideración de los aspectos referidos, permite visualizar al ser creador como alguien en permanente exploración de lo posible, tanto en relación a su propia persona, como para las obras producidas desde esa línea de conducta. suscitándose a partir de ello, una cierta equivalencia o afinidad conectiva entre lo libre, lo verdadero, lo original y lo exploratorio. Algo, manifiestamente coherente con el hecho de que el ser humano, desde su nacimiento, se caracteriza por su afán exploratorio, una necesidad de la que depende totalmente su posibilidad de aprendizaje. Solo que, como puede observarse en la realidad social, esa disposición congénita se debilita conforme el hombre experimenta una predilección por reproducir lo ya existente, en especial, cuando se trata de la consecución de un aparente sentido de vida sustentado en la acumulación de haberes económicos. Un objetivo al que subordina la mayor parte de su tiempo vital.

Por tanto, no es difícil inferir que, a la referida conducta, únicamente se sustraen quienes son capaces de valerse de su accionar creativo para mantener su interés exploratorio a lo largo de su existencia, y, a partir de ello, ser quienes tengan mayores posibilidades de mantenerse en un estado de constante descubrimiento. Un orden de cosas bastante benéfico si se considera que supone una notoria calidad de vida propiciada por la superación de lo rutinario, intrínseco a aquello que se repite por estar socialmente estandarizado, tal como ocurre justamente con la pretensión de anclar un sentido de vida mediante el interés pecuniario. Por ser el aspecto económico ostensiblemente insuficiente para fundamentar la plenitud del ser.

Por tanto, quienes sí cuentan con un puntal de apoyo tan cualitativamente distinto como lo es el acto creacional, necesariamente se encuentran en disonancia con la inercia societal que los limita en su conexión consigo mismos. Circunstancia

muy posiblemente atribuible a su intuición de que, de no hacerlo, se hace virtualmente imposible su trascendencia, puesto que, en dichas condiciones, su vida y el eventual sentido de la misma, quedan relegados a una anodina consunción del tiempo centrada en la adquisición de recursos económicos, tal como lo determina el sistema capitalista, y, a partir del cual, la esencia humana queda desdibujada por una dinámica de consumo incesante de productos. Mismos que, por estar hechos en serie, terminan por propiciar una gradual y profunda despersonalización. En tal eventualidad, el yo no puede emerger ni exteriorizar su cariz exploratorio, y, lo que es más lamentable, se encuentra incapacitado para la creación. Dado que, objetivamente, dicha insolencia se debe a la adopción y reproducción de un esquema de pensamiento y acción en donde el ser queda reducido al rol de consumidor de las creaciones de otros, de esos otros que abastecen la oferta social predominante.

Luego entonces, el mérito capital del hombre creador, es representar la contra parte de un estado de cosas evidentemente tendiente a la masificación del individuo, corroborando con ello que es exclusivamente con la personalidad creativa que se puede aportar a la colectividad lo más característico y prominente de cada existencia. Ya que, de no lograrse eso, la supuesta existencia en realidad no es merecedora de tal denominación. Todo se reduce a una apariencia de vida carente de significación, por estar hueca y ser incapaz de servir de inspiración para el congénere. Así, solamente el existir creador tiene verdadero sentido y puede superar la extinción biológica mediante la sobrevivencia cultural, en la medida que adquiere el nivel de lo ejemplar y perenne reservado para el legado humano de estimación superlativa e irrepetible. Propio del genio. Del héroe. Del prohombre.

NOTAS

- 1 En la fuente utilizada dicha diferencia se menciona específicamente en relación con el artista, sin embargo, se retoma la misma al ser equivalente al creador en genera. Ese mismo tipo de traslación

se efectuará en la información retomada de otras fuentes bibliográficas usadas más adelante, en las cuales es aplicable el mismo criterio de equivalencia.

2 Lo que se encuentra entre corchetes es de mi autoría.

BIBLIOGRAFÍA

- AGÜERO, Isabel. (1997). *Curso de creatividad y Lenguaje*. Madrid, España: Ediciones Narcea.
- BECCHI, Paolo. (2012). *El principio de la dignidad humana*. México, D. F.: Editorial Fontamara.
- BOERO, Héctor Federico. (2009). *Reflexiones acerca de la creatividad*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de La Universidad Nacional de la Plata.
- BOGART, Anne. (2007). *Antes de actuar. La creación artística en una sociedad inestable*. Barcelona, España: Alba Editorial.
- DOUGLAS, Mary. (2008). *Estilos de pensar*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- DUVIGNAUD, Jean. (1982). *El juego del juego*, México, D. F.: F. C. E.
- EISNER, Elliot Wayne. (2004). *El arte y la creación de la mente. El papel de las artes visuales en la transformación de la conciencia*. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.
- GUZMÁN VALDIVIA, Issac. (1987). *Humanismo trascendental y desarrollo*. México, D. F.: Editorial Limusa.
- INGARDEN, Roman. (2001). *Sobre la responsabilidad*. Madrid, España: Caparrós Editores.
- KANT, Immanuel. (1997). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Barcelona, España: Editorial Planeta De Agostini.
- LOWENFELD, Viktor y Brittain, William Lambert. (1980). *Desarrollo de la capacidad creadora*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Kapelusz.
- MALISHEV, Mijail. (2002). *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*. México, D. F.: Plaza y Valdés Editores: Universidad

Autónoma de Nuevo León.

- MARCUSE, Herbert. (1984). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona, España: Grupo Editorial Planeta.
- MARÍAS, Julián. (2013). *La felicidad humana*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- MENCHÉN BELLÓN, Francisco. (2001). *Descubrir la creatividad. Desaprender para volver a aprender*. Madrid, España: Ediciones Pirámide.
- MIRÓ QUESADA, Francisco. (2002). *Ser humano, naturaleza, historia*. México, D. F.: Editorial Paidós: UNAM.
- MONREAL, Carlos. (2000). *Qué es la creatividad*. Madrid, España: Editorial Biblioteca Nueva.
- MUJICA, Hugo. (2017). *El saber del no saberse. Desierto, cábala, el no-ser y la creación*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- NAGEL, Thomas. (2004). *La posibilidad del altruismo*. Madrid, España: F. C. E.
- NUSSBAUM, Martha Craven. (2012). *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- REVAULT D'ALLONES, Olivier. (1977). *Creación artística y promesas de libertad*. Barcelona, España: Editorial Gustavo Gili.
- RODRÍGUEZ ESTRADA, Mauro. (1995). *Psicología de la creatividad*. México, D. F.: Editorial Pax-México.
- SÁENZ, Alfredo. (1999). *El hombre moderno. Descripción Fenomenológica*. Guadalajara, Jal., México: Editorial A. P. C.
- STEINER, George. (2010). *Gramáticas de la creación*. Madrid, España: Ediciones Siruela.
- SOURIAU, Etienne. (1986). *La correspondencia de las artes. Elementos de estética comparada*. México, D. F.: F. C. E.
- TATARKIEWICZ, Wladyslaw. (2015). *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética*. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- TODOROV, Tzvetan. (1991). *Nosotros y los otros*, México. D. F.: Siglo Veintiuno Editores.

VALDÉS DE MARTÍNEZ, Sara Carmen. (1993). En torno al arte, Guadalajara. Jal., México: Dirección de Publicaciones de la Universidad de Guadalajara.

WAISBURD, Gilda. (1996). Creatividad y transformación. Teoría y Técnicas. México, D. F.: Editorial Trillas.

ZÁTONYI, Marta. (2007). Arte y creación: los caminos de la estética. Buenos Aires, Argentina: Editorial Capital Intelectual.